

CÉSAR PIERNAVIEJA

La ciencia de una vida

Nohora Elizabeth Hoyos, una historia
de sueños, adversidades y ciencia



edU

Legold
books

La ciencia de una vida

CÉSAR PIERNAVIEJA

La ciencia de una vida

Legold
books

Primera edición: abril de 2023

© César Piernavieja, 2023

© Eduardo Posada 2023, del prólogo

© El Rubencio 2023, de la ilustración de portada

© Legold Books y Ediciones de la U 2023, de esta edición

EAN-ISBN: 978-958-792-535-7

Corrección y edición: Magdalena Ituarte Zárraga

Ilustración de portada: El Rubencio

Diseño de portada: Francisco Javier Perea Unceta

Maquetación: produccioneditorial.com

Impresión: Editorial Buena Semilla

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Cayetana,
la fuente de todas las cosas buenas

Índice

Agradecimientos	9
Prólogo de Eduardo Posada	11
Introducción	15
1. La semilla	19
2. La investigación	53
3. El avance	95
4. Lo imposible	151
5. La casa	181
6. La huella.....	221
7. La vida plena.....	257
Bibliografía	291
Índice de testimonios	293

Agradecimientos

Todo proyecto es colectivo, pero mucho más este libro, en el que tantas personas han aportado su tiempo, su testimonio, su ánimo o su buen hacer profesional. A todos ellos quiero darles las gracias, y especialmente:

A Nohora Elizabeth, por su enorme generosidad al permitirme invadir su vida y escarbar en su memoria. Pero, sobre todo, por ser una de esas pocas personas capaces de mejorar la vida de quienes la rodean. A Doménico Maggi, Jairo Malaver y Mariela Vargas, por hacer posible este proyecto.

A mi madre, por todo lo que me ha dado y que no cabe en estas páginas. En la forma de enfrentarme a esta historia, de mirar al pasado, al presente y al futuro, en la manera de hablar con unos y con otros está todo lo que ella me enseñó desde pequeño. Su ejemplo es lo que quiero ser para mi hija.

A mi padre, que nos dejó demasiado pronto, y me ayudó a juntar mis primeras letras en una vieja máquina de escribir cuando

tenía 5 años. Además de un apellido con carácter, me dejó sembrado el amor por la cultura.

A mi esposa, por su paciencia y generosidad para encajar de buen ánimo la cantidad de horas que he tenido que robar a la familia. Y, sobre todo, por su amor y cariño, por ser la mejor compañera de vida que nunca pude soñar.

A mi hija, porque es el motivo de todo, lo que me inspira a intentar ser mi mejor versión, esa en la que algún día pueda mirarse orgullosa. Nunca pude imaginar que un ser humano pudiera generar tanto bien a su alrededor.

A mi hermano, por ser un referente en tantas cosas, y que tiene mucha culpa de que me decantara por esto de juntar letras. Aspiro algún día a escribir como él lo hace.

A Fernando, porque es la personificación de la palabra “amigo”, por su constante aliento en este proyecto y en tantos momentos de la vida.

A Antonio Díaz Morales porque fue el causante de todo. Él fue quien puso en mis manos este proyecto.

Muy especialmente, a Magdalena Ituarte Zárrega, la mejor profesional que me he encontrado en el mundo editorial y mi gran apoyo en este libro, sin cuyo trabajo no hubiera sido posible llevarlo a buen puerto. Su mirada crítica, serena y profunda, además de mejorar notablemente mis textos, ha sido un invaluable apoyo en todo el proceso.

Y, finalmente, a las más de 150 personas que me dedicaron su tiempo y su memoria para poder construir este rompecabezas, y cuyo testimonio me ayudó a seguir sintiendo cerca el país que tan calurosamente acogió a mi familia durante ocho años.

A todos, gracias de corazón.

Prólogo

Este libro cuenta una historia apasionante que sin duda inspirará a muchos y asombrará a no pocos. A primera vista puede verse como una novela de ficción, dado lo sorprendentes que muchos de los hechos que narra pueden parecer, pero al leerlo cobra vida y una realidad que nos fascina.

Conocí a Nohora Elizabeth allá por 1978, cuando Alberto Ospina vino a invitarme, en mi calidad de vicepresidente de la Sociedad Colombiana de Física, a formar parte del Comité de Ciencias de la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia, entidad que él presidía.

Acepté gustoso, sin imaginar ni por un instante el tremendo lío en que me estaba metiendo. Fue en ese comité donde descubrí a la ACAC (hoy AvanCiencia), donde empecé a pensar en política científica y, sobre todo, donde conocí a Nohora Elizabeth, que era su vicepresidenta. Desde ese día nació con ella una enriquecedora amistad que aún perdura.

A partir de entonces, arrancó una nueva fase de mi vida. A las actividades normales en la Federación de Cafeteros y la Universidad Nacional, vino a sumarse un torbellino de ideas, muchas de ellas nacidas de la fértil imaginación de Nohora Elizabeth y llevadas a feliz término gracias a su tenacidad, rayana en lo obsesivo.

Los almuerzos científicos, la revista *Innovación y Ciencia*, el Premio al Mérito Científico y la Ley de Ciencia y Tecnología fueron directamente de su cosecha. Asimismo, otras iniciativas como Expociencia –idea del Capitán Ospina–, las Convenciones Científicas o Maloka –sugerida por Guillermo Gómez– no hubieran sido realidad sin su firme tesón y su enorme capacidad de trabajo.

Tuve también que conocer otro aspecto no tan positivo pero no menos sorprendente de su vida: el de la precaria salud que, desde sus primeros años, la afectó. Lo que para alguien diferente hubiera sido un obstáculo insuperable, para ella, al contrario, fue un reto más y casi que un estímulo, dado su inalterable optimismo y permanente deseo de superación: caídas, fracturas, hemorragias y reacciones autoinmunes fueron por mucho tiempo su pan cotidiano, pero no impidieron que, a menudo desde su lecho de hospital, siguiera trabajando y aportando ideas.

La última década del siglo pasado y las dos primeras del actual han tenido una gran importancia para la causa de la ciencia y la tecnología en Colombia. Las dos leyes de ciencia y tecnología, de 1990 y 2009, los cambios de Colciencias –que pasó sucesivamente de ser un fondo del Ministerio de Educación a convertirse, primero, en instituto del Departamento Nacional de Planeación (DNP); luego, en Departamento Administrativo y finalmente en Ministerio–, la reforma del Sistema General de Regalías y las Misiones de Ciencia, Tecnología e Innovación constituyeron pasos importantes en el camino de lograr que

esos temas fueran realmente considerados prioritarios para el desarrollo del país.

Este libro, escrito de manera agradable y obsesivamente cuidadosa con la precisión de los hechos y las fechas, además de ser un relato apasionante acerca de la vida de una persona excepcional, es una descripción fiel de muchos de los acontecimientos que marcaron esa época, vistos desde la óptica de uno de sus principales actores. En ese sentido constituye una valiosa herramienta para el análisis de la construcción de una política de ciencia y tecnología en nuestro país.

Entre los muchos logros de Nohora Elizabeth descritos en este libro, me parece importante destacar en particular la creación de Maloka y la adopción de una Política Nacional de Apropiación Social de la Ciencia y la Tecnología, concepto que se gestó en la Misión de Ciencia Educación y Desarrollo, pero que nunca hubiera alcanzado la importancia que hoy tiene sin la infatigable labor de Nohora Elizabeth. Tan solo esos dos logros bastarían para hacerla merecedora de nuestro profundo agradecimiento.

El aspecto humano de su personalidad es digno también de ser destacado. Su permanente deseo de servicio, su inamovible fidelidad a los amigos y la capacidad de resolver problemas de toda índole (científicos, administrativos o humanos) hacen de ella ese personaje que no vacila en demoler montañas para construir catedrales.

Estoy seguro de que el lector, como fue mi caso, quedará prendado de las aventuras de Nohora, tan emotivas y enriquecedoras. Su ejemplo, en épocas como las que estamos viviendo, constituye un maravilloso mensaje de optimismo, de confianza en el futuro y de que las cosas, si uno las desea firmemente, siempre se pueden lograr.

Eduardo Posada

Presidente de la Asociación Colombiana
para el Avance de la Ciencia

Introducción

Este libro podría haberse titulado *La enfermedad de soñar* porque habla de sueños, personales y colectivos, de lo que se necesita para lograrlos y de lo que a veces uno se deja por el camino mientras lucha por ellos. Pero también porque necesitamos aspirar a una vida mejor, a un mundo que avance y sea más humano. Y, para ello, como hemos hecho desde los orígenes, nos miramos en aquellos que han tenido la capacidad de soñar por nosotros lo que todavía no existía y ni siquiera sabíamos que podía existir.

Hay una estirpe de personas extraordinarias que se dejan la vida ayudando a construir la de los demás, con una generosidad infinita y, lo que es más enigmático, con una energía que desconocemos de dónde brota porque parece inagotable. Les admiramos por eso y porque son capaces de moldear el futuro mientras riegan el presente de humanidad, ilusión y amor.

Cuando este proyecto cayó en mis manos, no sabía que su protagonista era miembro de honor de tal club. Lo descubrí

según lo fueron desvelando todas las personas que, con su testimonio, fueron dibujando al ser humano que hay detrás del personaje conocido, y cuya fachada ya me sedujo lo suficiente como para embarcarme en él. Entonces no sabía lo que hoy sé y que espero haber podido transmitir en estas páginas.

También podría haberse titulado *La enfermedad de soñar* porque la intérprete principal puede que ostente algún récord mundial de enfermedades, accidentes y adversidades de salud de todo tipo. Pero se hubiera quedado corto y hubiese puesto el foco en lo que para ella solo han sido contratiempos que debía sortear, nunca obstáculos que la detuvieran.

Se titula *La ciencia de una vida* porque narra la peripecia vital de quien ha dedicado la suya a mejorar la de los demás a través del camino de la ciencia, la tecnología y la innovación, y, por supuesto, de la educación. Y porque es una historia llena de vida, de esperanza, de color, de alegría y de sueños cumplidos. La historia de Nohora Elizabeth Hoyos Trujillo.

No he querido hacer una biografía al uso, llena de fechas, lugares y nombres, un exhaustivo relato cronológico, sino construir una historia con el objetivo de que Nohora Elizabeth siga haciendo a través de este libro lo que ha hecho siempre, impactar positivamente en la vida de los demás, inspirar un cambio, provocar una transformación. Lo hizo desde todas sus responsabilidades profesionales de forma consciente e intencionada. Pero también, y aquí reside una parte esencial de su encanto, con su ejemplo en el día a día, con su actitud vital, con su enorme perseverancia, con su admirado liderazgo.

He intentado ser, simplemente, un intermediario entre el lector y lo que vivieron Nohora Elizabeth y las 152 personas que generosamente han buscado en sus recuerdos. Por eso, siempre que he podido, he cedido la narración a sus protagonistas,

miembros destacados de la ciencia, la empresa, la política y el arte, compañeros de trabajo, amigos y familiares. Nunca estaré suficientemente agradecido a todos ellos, y especialmente a la propia Nohora Elízabeth, de quien tanto he aprendido en nuestros cientos de horas de conversaciones, confidencias, risas, llantos y alegrías.

Creo que fue muy generosa al aceptar el reto de cuantos le sugerían que diera a conocer su vida, porque ha significado revelar sus secretos más profundos, los episodios más felices y los más tristes de su vida. En definitiva, abrir su corazón. Aceptó el reto, pero no quiso hacerlo ella, y me permitió que fuera yo quien la escribiera. Empezó entonces un trabajo que ha durado casi tres años, y cuyo fruto tienes ahora en tus manos.

Mi agradecimiento es aún mayor por la libertad que me ha dado, por respetar enteramente mi criterio periodístico y editorial, por ser tan comprensiva en algunos momentos difíciles que he vivido en este tiempo y por alentarme durante todo el proceso.

Nunca quiso que este libro fuera un ajuste de cuentas con el pasado. Después de todo lo que ha vivido, no guarda odio en su corazón, no habla mal de nadie ni hay rencor en sus palabras, y eso se ve reflejado en su mirada, que siempre busca lo bueno de los demás.

Como cualquier mortal, comete errores, se equivoca. Pero su experiencia es tan rica y su ejemplo tan inspirador, que te propongo que leas este libro tratando de extraer cosas positivas para tu propia vida.

Mi deseo es que disfrutes de la lectura tanto como yo he disfrutado escribiendo, y espero haber sido capaz de transmitir, aunque sea una mínima parte, toda la humanidad que desprende Nohora Elízabeth.

La semilla

–No puedo ponerle más morfina. Lo siento señora, pero no puedo aumentar más la dosis.

Retorcida de dolor, después de una caída en la que se fracturó el codo, la cadera y la muñeca en siete partes distintas, Nohora Elizabeth Hoyos Trujillo ya no podía más. A solo dos días de regresar a España sufrió en la calle de su amada Bogotá una caída de consecuencias nefastas: múltiples fracturas y severos dolores que ni con el más potente de los analgésicos desaparecían. La recomendación del médico de que anduviera se convirtió en un suplicio: en la primera exploración no había detectado una doble rotura en la cadera, por eso cuando intentaba caminar el dolor era insoportable.

Pero lo peor estaba por llegar. Después de permanecer prácticamente un mes sin moverse, sufrió un tromboembolismo pulmonar que la llevó a urgencias. Era finales de mayo de 2021, momento del mayor pico de incidencia de COVID en Bogotá.

La fila de personas para ser atendidas en las urgencias de la Fundación Santa Fe daba la vuelta a la cuadra. Tras seis horas de espera consiguió que la atendieran.

Lo que allí vivió Nohora Elizabeth hizo que perdiera la esperanza por primera vez en su vida; y tras estar dos días en una especie de camastro junto a una mujer moribunda, le pidió a su doctor que la dejara irse a su casa a morir; que aquella señora de más de 90 años que yacía a su lado necesitaba intimidad para despedirse de sus familiares, y ella ya no aguantaba más.

Dada la saturación del hospital, no había camas disponibles, por lo que su hijo tuvo que remover cielo y tierra para que, al menos, la pusieran en las urgencias temporales del sótano. La situaron junto a otros pacientes graves, donde en el espacio para una cama colocaban dos camastros. En uno, Nohora Elizabeth; en el de al lado, la nonagenaria agonizante. «Si estiraba el brazo, podía tocarla», recuerda.

Lo peor fue tener que asistir al desfile de familiares que, de uno en uno (no se admitían más visitantes), iban a despedirse de la pobre mujer. Unos lloraban, otros le pedían perdón por lo que le habían hecho en vida, otros le decían que todavía no podía irse, que había muchas cosas por resolver. «Fue durísimo», recuerda entre lágrimas Nohora Elizabeth.

Pero, una vez más, como tantas a lo largo de su existencia, Nohora Elizabeth volvió a preguntarse por qué Dios la había puesto en esa tesitura. Es algo que ha marcado su vida: asumir que «todo es perfecto» por muy dolorosa que sea la situación. Que cuanto sucede tiene un porqué y un para qué, aunque esta vez parecía no encontrarlo. Incluso en ese momento extremo pensó que debía cumplir una misión. Y era ayudar a esa pobre mujer, o mejor a su familia, a entender el último trance.

Nohora Elizabeth habló con la nieta de la señora –la más afectada– y le dijo lo que pensaba con amor y respeto: «Dile que se puede ir tranquila si es su momento. Que tú vas a estar bien, que siempre tendrás la fortaleza que te enseñó, que no se preocupe, que siga su camino y se vaya tranquila. Y agrádecele todo lo bueno que ha hecho». Finalmente, la anciana pudo cerrar los ojos en calma, con el mismo alivio que sintió su familia.

Con una larga y profunda conversación, Nohora Elizabeth consiguió que la joven entendiera la trascendencia del momento y le diera a su abuela permiso para irse. «Muchas veces los seres queridos retienen al que se quiere ir, que siente que no puede marcharse porque los va a dejar solos y tristes. No es fácil pero es muy tranquilizador para uno mismo porque es un ejercicio de desapego que vinimos a aprender a este mundo».

En este triste episodio se revelan algunas de las características de la personalidad de Nohora Elizabeth Hoyos Trujillo: luchar hasta el final, no dejarse vencer y servir a los demás; rasgos definitorios que ha convertido en un auténtico motor de vida y que le han permitido dejar una imborrable huella en miles de hombres y mujeres.

El mundo está lleno de personas extraordinarias, pero son pocas las que acaban trascendiendo, las que ayudan a hacer mejor la vida de los demás. No hay una fórmula mágica que convierta a las primeras en las segundas. Pero sí unos elementos comunes, y estos suelen verse con claridad desde la infancia.

Amor en tiempos de guerra

Hija del comerciante Jaime Hoyos y la profesora Melva Trujillo, Nohora Elizabeth Hoyos Trujillo nació el 4 de mayo de 1950 en una Bogotá empañada todavía por el humo del

bogotazo. Su lugar de nacimiento no fue producto del azar, sino consecuencia de un conflicto que ella tacha de «injusto». Como muchos otros miles de familias colombianas, la de Nohora Elizabeth se vio obligada a dejar su hogar para evitar que los mataran.

La familia paterna –los Hoyos–, de marcada orientación liberal, era oriunda de Granada, Antioquia. El abuelo, Pablo Emilio Hoyos, era el notario del pueblo; autodidacta y muy culto, buscó ventura en Caldas. En dicho departamento se asentó también una familia conservadora, los Trujillo, liderada por el abuelo Maximiliano, un hombre bueno y recto. Aunque opuestas, ambas familias nunca entraron en la pelea que les golpeó de lleno, y abandonaron su tierra en esa guerra civil no declarada que desplazó a comunidades enteras en la primera mitad del siglo XX. «Me duele imaginar a mis abuelos huyendo de la guerra, cargados con 12 o 13 hijos, dejando sus casas con una mano delante y otra detrás, buscando dónde instalarse», dice Nohora Elizabeth.

En el año 1948 Jaime Hoyos partió de Anserma y se fue a buscar fortuna como comerciante a Armenia, donde se hallaba Melva Trujillo estudiando Magisterio, tras haber renunciado a su deseo de ser médica para cumplir sus obligaciones como primogénita. Se conocieron y se enamoraron perdidamente. Sin apenas recursos, sin el apoyo familiar y llenos de amor, Jaime y Melva empezaron una nueva vida en la capital.

«Sabían que eran incompatibles políticamente y que no podían contarles a sus familias que iban a contraer matrimonio», recuerda Nohora Elizabeth. «Pero como Romeo y Julieta, se casaron y huyeron a Bogotá, lo cual generó llanto y crujir de dientes, sobre todo en la familia de mi mamá. Ella había aprobado el examen para estudiar Medicina, pero mi abuelo se lo prohibió porque era la mayor y de ella se esperaba que

ayudara a cuidar el ganado y a criar a sus numerosos hermanos; mi abuela tenía un hijo casi cada año».

Eran otros tiempos –han pasado más de 75 años– y eran otras las creencias.

Fruto del amor de Jaime y Melva, en abril de 1949 nació Luz y en mayo del año siguiente, Nohora Elizabeth. Fueron años duros, de una vida muy humilde en la capital, en la que nunca faltó un plato de comida, pero en la que tampoco sobraba nada. Además, construir un hogar lejos de los colores y los bandos enfrentados tuvo serias consecuencias, sobre todo para la madre. Según recuerda Luz, la relación de Melva con su familia estuvo rota durante muchos años, y este hecho marcó su personalidad: «Le afectó mucho el rechazo de su familia, pero a nosotras nunca nos hablaba de ello. Se convirtió en una persona muy auto-suficiente; era como una isla que tenía que resolver cuantos problemas se presentaran. Todo dependía de ella, y punto. Como “al mal tiempo, buena cara”». Contaba con el apoyo de su esposo, pero el reencuentro con su familia tardó muchos años en llegar.

Distinto fue el caso de los miembros de la familia paterna que, dada su condición liberal, hacia 1947 tuvieron que escapar a Bogotá «porque los iban a matar. Se acomodaron en una casa cerca de la nuestra, y mis tías, así como la abuela, se dedicaban a nosotros completamente. Eso fue muy beneficioso», apunta Luz, quien añade: «Como un árbol necesita raíces, una familia también; sin ellas es difícil crecer bien, y nosotros las tuvimos, pero de una forma oblicua». Con este matiz la hermana de Nohora Elizabeth alude a que mientras la relación con la familia de su padre era estrecha desde su niñez, el vínculo con la materna aún habría de esperar varios años.

No obstante, ambas ramas les proporcionaron a las dos hermanas el sentimiento de orgullo de pertenencia familiar y de las

raíces españolas: «Los ancestros de mi mamá son todos vascos –explica Luz–. Aunque no tuviéramos un contacto estrecho, existía ese orgullo de tener raíces, de “yo sé de dónde vengo”, y la consciencia de que éramos parcialmente responsables del buen nombre de la familia. Para mi mamá cualquier cosa que hiciéramos o dejáramos de hacer desdecía de la familia. Era un poquito exagerado, porque a una edad tan tierna ya teníamos esa responsabilidad de que no éramos nosotras, sino todo el linaje de la familia el que iba a sufrir».

La familia Hoyos también era de origen español. Procedía de Burgos (Castilla y León), y desde el comienzo, como apunta Luz, les inculcaron el amor por el conocimiento. «En la casa de mis abuelos paternos había una biblioteca bastante extensa y multifacética. Desde *Las profecías de Nostradamus* hasta un estudio completo sobre las propiedades y utilidades del limón. En aquella casa no había ningún libro prohibido. Podíamos usar la biblioteca como quisiéramos, y ello contribuyó a reforzar nuestras raíces, a sentir el orgullo de pertenecer a nuestra familia». La abuela, Rosa Elvira Uribe de Hoyos, «era de sangre azul, según ella», recuerda Nohora Elizabeth. Era prima de Rafael Uribe Uribe, un «personaje descomunal». Y añade: «Nunca les dejó casarse a mis tías porque no había un hombre que las mereciera».

Definitivamente, eran otros tiempos.

Una infancia amoratada

Desde su venida a la vida, Nohora Elizabeth fue una niña preciosa. Su pequeño tamaño y su belleza provocaron que el médico que asistió el parto la bautizara como «la Muñeca», y con dicho apodo –y su versión apocopada «Muñe»– es como se dirigen a ella numerosos miembros de su familia.

Sin embargo, el destino quiso que naciera envuelta en un cuerpo frágil: «Mi hermana nació débil, con muy poco peso y un problema en el corazón», cuenta Luz, y esa fragilidad afectó a ambas hermanas. «No tuve una infancia normal», sentencia Nohora Elizabeth. «Mis papás nos cuidaban no mucho sino demasiado. “Las niñas se van a herir, se van a caer, se van a accidentar...”. Por eso no conocí la bicicleta ni los patines», recuerda apenada.

El diagnóstico fue un prolapso grave de la válvula mitral que impedía una correcta oxigenación: apenas empezaba a correr se le ponían morados los labios, las uñas, las orejas... «Era algo paradójico porque mi corazón volaba y mi cuerpo no lo podía hacer», afirma Nohora Elizabeth. Tras consultar a varios médicos, sus padres la llevaron a la clínica cardiovascular Shaio de Bogotá. Esta dolencia, que hoy es operable, en aquella época no tenía solución.

Los médicos hablaban delante de Nohora Elizabeth como si no fuera capaz de enterarse. Pero comprendió perfectamente la frase de un médico que ha quedado impresa en su memoria: «La niña no llegará a los 15 años». Además de una infancia incompleta, el problema era también creer que no tenía futuro.

El camino de la crianza y la educación emprendido por sus padres no fue tarea fácil, ya que la salud de la pequeña era motivo de preocupación constante: «Como a mi mamá le dijeron que Nohora Elizabeth nunca se iba a curar –señala Luz–, que se iba a morir muy pronto, la cuidaba con un desvelo tremendo, pero mi hermana era muy traviesa. No se le permitía correr ni cansarse mucho porque se le ponía la cara morada y azul por su problema del corazón, pero, por mucho que mi mamá luchara por tenerla quieta, era imposible. Tuvo muchos accidentes cuando era pequeña, pero gracias a los cuidados que recibí salió adelante».

Una curiosidad infinita

¿Imaginan a una niña que les saca los ojos a las muñecas para explorarlas por dentro, que se corta un dedo para comprobar que la sangre es roja o que intenta tirarse de un taxi en marcha para experimentar la velocidad? Sí, todo eso lo hizo Nohora Elizabeth siendo muy pequeña, pero solo como resultado de una curiosidad infinita, de un anhelo irrefrenable por entender el porqué de las cosas, por descubrir el mundo y todo lo que encierra. Es otro gran ingrediente que marcará su vida: el amor por aprender. En ello sus padres ejercieron una influencia decisiva.

«Cuando salíamos al parque era una liberación. Yo miraba y buscaba en todas partes. Me decían que los perros mordían, entonces yo les metía la mano en la boca para ver cómo era eso de morder». Nohora Elizabeth no tenía ningún miedo a experimentar, pero su deseo de saber la llevó en alguna ocasión demasiado lejos:

«Una vez iba en taxi por la avenida Caracas con mi papá. Yo quise abrir la puerta para ver qué se sentía con la puerta abierta y con la velocidad. Mi papá me agarró para que no me botara del carro, me salvó la vida de puro milagro. Pero yo era feliz, como una superniña que podía volar», evoca Nohora Elizabeth.

En otra ocasión, «mi madre, que era profesora de ciencias, me dijo que la sangre era roja. Pero yo me miraba los brazos y veía mis venas azules. Así que para comprobar si mi madre decía la verdad, un día cogí una cuchilla Gillette y me corté el dedo índice de lado a lado. Fui absolutamente feliz cuando salió el chorro disparado, comprobé que la sangre era roja y que mi mamá no me mentía», rememora. Luz, en cambio, se desmayó.

Las dos hermanas no podían ser más distintas. Luz –cuya memoria es prodigiosa– así recuerda sus primeros años:

«La infancia con la Muñeca fue muy interesante. Era como una película, digna de presenciar, porque siempre estaba haciendo algo que a nadie se le había ocurrido, que generalmente era peligroso y estaba movido por la curiosidad. Para mis papás fue complejo cuidarla, porque se escapaba, se “evaporaba” desde muy chiquita. No era que se perdiera, nunca se perdió. Volvía y daba cuenta de todo lo que estaba pasando. Por ejemplo, cuando nos íbamos de vacaciones (que siempre era a lugares rodeados de extensos campos para explorar), a los diez minutos de haber llegado ella ya nos podía decir qué había en todas partes, y nosotros ni siquiera la habíamos visto desaparecer».

«Pese a ser polos opuestos –ella era muy sociable, no tenía vergüenza absolutamente de nada–, la relación entre ambas era muy buena. Éramos amigas y compañeras de juego –cuenta Luz–, jugábamos juntas todo el tiempo. Si hubiéramos sido mellizas no habríamos estado más unidas, pero había conflictos por los juguetes: los suyos siempre estaban rotos y los míos, siempre bien. La cuestión es que ambas teníamos muñecos iguales o similares, pero mientras que los míos estaban limpios, vestidos y bien peinados, los suyos estaban desmembrados. Ella los desarmaba porque estaba muy interesada en operarlos: les echaba yodo, les quitaba los brazos, el pelo... Quería saber qué había detrás y por qué se les movían los ojos. Luego agarraba los míos para hacerles lo mismo. Como yo no quería, gritaba y lloraba tratando de protegerlos, y empezaba la pelea. Era uno de los principales roces que teníamos».

Todo esto empezaba a dibujar a una niña especial, distinta en muchos aspectos y que, como no podía ser de otra forma, tuvo un paso por el colegio también muy particular. Desde el primero hasta el último día.

La semilla del conocimiento

«Nosotras solamente nos llevamos un año y diez días», relata Luz. «Cuando mis padres me dejaron por primera vez en el colegio (donde mi madre era profesora), mi hermana tenía solo 2 años y únicamente nos acompañaba, pero preguntó: “¿Y yo?”. Ella no quería volver a casa. Mis papás hablaron con el director del centro para que la dejaran deambular sin asignarle un aula o clase específica. “Permítanle que esté hasta que se aburra y entonces nos la llevaremos”, le dijo mi mamá; pero ella se quedó, y cuando el año terminó, el director preguntó: “¿Qué hacemos con ella?”, porque ya había pasado todos los exámenes. Ella sola se *matriculó* en el colegio».

Pese a su corta edad, Nohora Elizabeth atesora este hecho en la memoria: «Tengo recuerdos muy bonitos de cuando me llevaron al colegio por primera vez. Yo entraba y salía de los salones y acabé aprendiendo a leer y escribir de forma natural. Fui absolutamente feliz y creo que por eso amé aprender».

Después, las dos hermanas entraron al María Auxiliadora, un colegio que a Nohora Elizabeth no le gustó nada porque «todo generaba miedo: las instalaciones, la historia de la monja sin cabeza...». Tampoco a sus padres, que no dudaron en sacarlas a ambas después de un desafortunado episodio. En una ocasión, Luz preguntó por qué debían hacer algo que una monja había ordenado. La respuesta del colegio fue ponerle una matrícula condicional (una sanción previa a la expulsión). A su padre le pareció un castigo desproporcionado y decidió llevarlas a otro centro.

Este hecho sin aparente trascendencia tuvo una influencia decisiva en la vida de Nohora Elizabeth, pues acabó en una institución mucho más abierta, liberal y libre pensadora: el colegio Elvira Lleras Restrepo. Ubicado en el actual barrio de Los Lagartos de Bogotá y totalmente rodeado de campo, el centro